

El Pan del cielo – «Comed mi carne»

Juan 6

Christian BRIEM

biblicom.org

Índice

1 - El verdadero pan que viene del cielo	3
2 - La vida al mundo	3
3 - La encarnación de Cristo	4
4 - La identificación con la muerte de Cristo	5
5 - La comunión	8
6 - Los resultados	9

En este capítulo de [Juan 6](#), encontramos las palabras del mismo Hijo de Dios sobre el «pan del cielo». Son de una significación y profundidad extraordinarias.

1 - El verdadero pan que viene del cielo

Los judíos habían pedido repetidamente al Señor Jesús que les mostrara una señal, para que pudieran “ver” y “creer”. En [Juan 6](#), le contaron al Señor que sus padres habían comido el maná en el desierto y le preguntaron: «¿Qué obra haces?» (v. 30). Pensaban que Moisés les había dado a comer el pan que viene del cielo, y si Jesús era el profeta, debía haberse manifestado con una señal similar ([Juan 6:30-31](#)). El Señor retoma el pensamiento del maná y responde:

«En verdad, en verdad os digo: No fue Moisés quien os dio el pan del cielo, mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo... Yo soy el pan de la vida; el que viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí jamás tendrá sed» ([Juan 6:32-35](#)).

El Señor muestra a los judíos que no fue Moisés quien les dio el pan del cielo. Sin embargo, no sigue diciendo: “sino que fue Dios”. Muestra claramente que el maná era solo una imagen del «verdadero pan» que su Padre quería darles. Él mismo, Cristo, era el verdadero pan; había bajado del cielo como «pan de Dios» para dar vida al mundo. Por eso, era también el «pan de vida», y quien acudiera a él con fe ya no tendría hambre ni sed.

2 - La vida al mundo

Antes de relacionar estos versículos con los versículos 48 al 59, consideremos aún algunos detalles que nos están presentados aquí. Si Cristo mismo era el pan bajado del cielo, no había necesidad de darles una *señal*: él mismo, en su Persona, era la señal de que Dios se revelaba en él como *Padre* y de que, en su gracia, el Padre intervenía para dar vida no solo al pueblo judío, sino al *mundo*. La *vida* –esa era la primera necesidad del hombre, y en el Señor Jesús, el «Verbo» hecho carne, había vida, era su naturaleza ([Juan 1:4](#)).

Y aquí vemos que un tipo nunca puede expresar toda la verdad. Dirige nuestros pensamientos en la dirección correcta, nos muestra la línea principal de lo que necesita

ser comunicado; pero las cosas materiales nunca pueden representar las cosas espirituales en toda su plenitud. En la esfera natural, el pan no puede dar vida; puede mantenerla, pero no puede comunicarla. El Señor Jesús, sin embargo, podía tanto comunicar la vida espiritual, divina, como mantenerla.

Si el Señor se compara a sí mismo con el pan y se refiere a sí mismo como el «pan de vida», esta forma figurada de expresarse muestra que, para beneficiarnos de lo que él representa de este modo, debemos comer de este pan, “saborearlo”. Analizaremos más detenidamente lo que significa «comer» el pan de vida cuando lleguemos a los versículos 48 y siguientes. Lo primero que aprendemos aquí es que la fe es necesaria para recibir la vida. Los judíos tienen una visión más superficial y dicen: «Señor, danos siempre este pan» (Juan 6:34). Pero en el versículo siguiente, el Señor muestra que él debe ser el objeto de la fe. Si alguien viniera a él con fe y comiera de este pan de vida, encontraría en él su profunda satisfacción para siempre y nunca más tendría hambre ni sed.

¡Qué precioso pensamiento nos está presentado aquí! En Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Col. 2:9), y gozar de él como el que manifiesta perfectamente a Dios significa la más profunda satisfacción para el alma. Esta, en su esencia, es la vida eterna (Juan 17:3); y todo aquel que cree en el Hijo, en quien la vida eterna ha descendido del cielo a la tierra, la tiene (6:47). ¡Qué hecho tan maravilloso!

Pero el hombre debe *venir*. Venir a Cristo no significa otra cosa que *crear* en Cristo. Esto se desprende claramente del versículo 35, como del Evangelio según Juan en general. En este sentido, «venir» y «crear» son sinónimos. Solo el punto de vista difiere ligeramente. «Venir» designa el movimiento del alma hacia Cristo, y «crear» indica la confianza que deposita en él.

3 - La encarnación de Cristo

En el versículo 48, el Señor retoma el pensamiento del maná y enseña con mayor profundidad lo que significa «comer» de él como pan de vida.

«Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron; este es el pan que desciende del cielo, para que uno pueda comer de él y no morir. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno come de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne que doy por la vida del mundo» (Juan

6:48-51).

Los judíos habían recordado al Señor el maná que sus padres habían comido en el desierto, pero ahora, en cierto contraste, el Señor Jesús se presenta como el «pan de vida». También podemos decir: Él muestra cómo, en su persona, superaba infinitamente el tipo. Los padres habían comido el maná, pero estaban muertos. Sería otra cosa del que comería de este pan vivo. Cristo había bajado del cielo y habitaba en esta tierra con humildad, perfectamente accesible a todo hombre. Esta es la gran verdad presentada aquí: El Hijo de Dios se hizo hombre (Juan 1:14); la vida que estaba con el Padre nos fue manifestada (1 Juan 1:2).

Por eso, si alguien comiera de este «pan», no moriría, sino que viviría para siempre. A pesar del maná, sus padres, en su mayoría, no solo habían muerto corporalmente –«por incredulidad» (Hebr. 3:19), como ya hemos recordado– sino que también habían muerto espiritualmente. En cambio, quien comiera pan del cielo no moriría espiritualmente, pasara lo que pasara con su cuerpo.

Recordemos una vez más lo que significa «comer» y «beber» en este contexto. Cuando comemos o bebemos algo, lo utilizamos para nuestro propio bien, lo hacemos nuestro, nos identificamos tanto con el alimento que comemos que pasa a formar parte de nosotros. Esto es exactamente lo que hace también la fe. Se apodera de las cosas espirituales, las «saborea» y las adopta.

Alimentarse del Señor Jesús como del verdadero pan significa hacer uso por la fe del «Verbo» hecho carne, en quien hay vida, apropiarse de ella por la fe. La vida eterna está vinculada a esto, dice el Hijo de Dios.

4 - La identificación con la muerte de Cristo

Después, el Señor no deja ninguna duda de que se hizo hombre para *morir* en la tierra. Nadie podría ser salvado de otro modo.

«El pan que yo daré es mi carne que doy por la vida del mundo» (Juan 6:51b).

Si, en la primera parte del versículo, el Señor hablaba de su *encarnación*, ahora, con las palabras: «Que yo daré es mi carne...», indica su muerte *expiatoria*. Anticipa la cruz. Allí sufriría la muerte por el «mundo» o a favor de todos, como también podemos expresarlo. Para tener la vida eterna, era necesario identificarse personalmente con el Hijo del hombre y con su muerte como sacrificio.

Sin embargo, ¡qué gracia tan perfecta muestran también estas palabras del Señor! Él quiso ocupar el lugar que nosotros habíamos merecido. Y sabemos que efectivamente lo ocupó.

A él sea la alabanza, la acción de gracias y la adoración ahora y por la eternidad. –A la objeción de los judíos incrédulos: «¿Cómo puede este darnos a comer su carne? El Señor responde con mayor detalle: «En verdad, en verdad os digo: A menos que comáis la carne del Hijo del hombre, y bebáis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo lo resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadero alimento, y mi sangre es verdadera bebida» (Juan 6:53-55).

Muchos han pensado que el Señor se refiere a la *Cena*, cuando habla de comer su carne y beber su sangre. La noche en que fue entregado, después de tomar el pan y dar gracias, dijo a sus discípulos: «Esto es mi cuerpo, que es por vosotros. Haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de cenar, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto, siempre que la bebáis, en memoria de mí. Porque siempre que comáis este pan y bebáis de esta copa, la muerte del Señor proclamáis hasta que venga» (1 Cor. 11:24-26; comp. Lucas 22:19 ss.).

Pero hay varias razones para afirmar que en Juan 6 el Señor *no habla* de su comida. Mencionaremos aquí brevemente algunas de ellas. En primer lugar, el apóstol Juan no tenía el mandato de escribir sobre temas e instituciones “eclesiásticas” como el bautismo y la Cena. La misión de presentar los privilegios y deberes de la Asamblea de Dios fue confiada principalmente al apóstol Pablo. Él se llama a sí mismo “siervo de la Iglesia” (Col. 1:24). En ninguna parte de sus escritos habla el apóstol Juan de comunión eclesiástica. No ve a todos los creyentes como la Asamblea del Dios vivo o el Cuerpo de Cristo, sino como la *familia de Dios*. Esta es la visión que Dios nos ha dado a través de él. Y cuando el Señor Jesús dijo, en Juan 3, que debemos nacer «de agua y del Espíritu», no estaba pensando más en el *bautismo* que en la *Cena* cuando habló de comer su carne y beber su sangre.

Además, la cita de 1 Corintios 11 muestra claramente que no se trata en absoluto de comer la «carne» y beber la «sangre» de Cristo. En la Cena del Señor, los creyentes comen el «pan» y beben la «copa». Una transformación de estos elementos en carne y sangre es totalmente ajena a la enseñanza de las Sagradas Escrituras. También en 1 Corintios 10, donde el apóstol Pablo menciona la misma institución, pero desde el ángulo de la «mesa del Señor» (v. 21), habla del «pan» que partimos y de la «copa» de bendición que bendecimos (1 Cor. 10:16), y añade en el versículo que

sigue: «Porque todos participamos de un solo *pan*» (v. 17).

Además, hacer depender la recepción de la vida eterna de la participación en la Cena del Señor sería un pensamiento incomprensible e insoportable. No solo abriría la puerta de par en par al formalismo y a la superstición, sino que se perderían muchos creyentes a los que las más diversas circunstancias de la vida han impedido tomar la Cena, por ejemplo, porque solo se convirtieron en su lecho de muerte.

Este pasaje ya no presenta ninguna dificultad, una vez que hemos comprendido lo que el Señor quiere decir en [Juan 6](#) con comer y beber, a saber, identificarse con él como Aquel que verdaderamente puede satisfacer el corazón del hombre y darle la vida eterna. Comer «su carne» y beber «su sangre» no son más que expresiones de identificarse por la fe con un Cristo muerto. Y, de nuevo, solo significa que el creyente es llevado por la gracia de Dios a reconocer su propio estado en la muerte de Cristo. Quien lo hace tiene vida eterna; quien no, no tiene vida en sí mismo.

Más sencillamente, podemos decir que estos versículos nos presentan lo que, en otros pasajes del Nuevo Testamento, se llama “salvación”. Pero esa salvación depende de la fe en un Salvador muerto, de la fe en su sangre ([Rom. 3:25](#)). Solo el conocimiento de un Cristo vivo, al que muchos quieren limitarse, no conduce a la vida eterna. Muchos tomarían como modelo la vida de Cristo, pero se ofenden ante su muerte.

Por eso el Señor pasa sin transición de «pan» a «mi carne» y «mi sangre». Quien cree verdaderamente en su Persona, cree tanto en el milagro de su encarnación como en el de su muerte. Solo esa fe está vinculada a la vida eterna.

El *orden* en que entendemos estas cosas es el inverso de la secuencia histórica. Es evidente que el Señor Jesús tuvo primero que devenir hombre para morir. Sin embargo, comenzamos comiendo su carne y bebiendo su sangre –para mantener la imagen utilizada aquí– y solo entonces comemos el pan. Es necesario haber comprendido primero el sentido de su muerte para poder regocijarnos del sentido de su vida maravillosa: una vida de humildad, de humillación y de consagración a su Dios. Este bendito tema nos ocupará ahora.

5 - La comunión

Cuando el Señor Jesús dice en el versículo 51: «Si alguno come de este pan», y en el versículo 53: «A menos que comáis la carne del Hijo del hombre, y bebáis su sangre», está hablando de un acto único y completo, describiendo la cosa en sí misma. Las formas verbales utilizadas en griego para «comer» y «beber» lo dejan claro.

Como hemos visto, se trata de la identificación fundamental con Cristo y su muerte, a la que, en la gracia de Dios, va unida la vida eterna. Por la fe, el individuo participa de las benditas consecuencias de la muerte expiatoria del Señor. Sin ella, no hay vida eterna.

Este acto de fe tiene lugar al comienzo del camino cristiano y tiene un carácter único. Solo podemos convertirnos una vez.

Pero en los versículos 54 y 56, el Señor utiliza otra forma verbal, que expresa un proceso más largo o una acción repetida: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo lo resucitaré en el día postrero... El que come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí, y yo en él» (Juan 6:54-56).

Literalmente, dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre». “Comiéndole” y “bebiéndole” –así se refiere el Señor al creyente individual que se alimenta *continuamente* o de *forma repetida* de él y de su muerte.

Aquí aprendemos algo muy importante: La vida eterna no puede separarse de su fuente. No la tenemos *independientemente* de él, sino que la poseemos solo «en su Hijo»; y «el que tiene al Hijo, tiene la vida» (1 Juan 5:11-12).

«Porque yo vivo, vosotros también viviréis», dijo el Señor en otro pasaje (Juan 14:19).

Por lo tanto, es necesario que el creyente coma siempre de la carne del Señor y beba de su sangre. La vida eterna que poseemos debe estar alimentada constantemente, y lo está por el recuerdo vivo en nosotros de su amor hasta la muerte y del gozo que encontramos en ello. ¿Podríamos contentarnos con haberlo hecho *una vez*? Y, sin embargo, a menudo tenemos motivos para sentirnos profundamente avergonzados de ello. En el curso de nuestros días, ¿nos ocupamos tan poco del amor que él mostró en el don de su vida! Tanto el autor de estas líneas como el lector tienen muchas razones para examinarse a sí mismos sobre este tema, pues gran parte de la debilidad y de la indiferencia entre nosotros proviene, sin duda, del hecho de que este amor

ocupa muy poco a nuestros corazones. El apóstol Pablo nos da un buen ejemplo a seguir. Él pudo decir: «Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe en el Hijo de Dios, el cual que me amó y sí mismo se dio por mí» (Gál. 2:20).

6 - Los resultados

Consideremos también los valiosos resultados de «comer» y «beber». Ya hemos visto que, en sentido general, la salvación y, en sentido especial, la vida eterna, van unidas a ello (Juan 6:51, 53).

Pero en el versículo 54, el Señor añade otro resultado más: lo *resucitaría* en el último día. Cuando el día del hombre haya llegado a su fin, el Señor hará partícipes de su resurrección a todos los que hayan creído en él. El «día postrero», mencionado a menudo en el Evangelio según Juan, comienza con la resurrección y el arrebatado de los creyentes (Juan 6:39ss; 11:24) y termina con el juicio de los que no han aceptado a Cristo (Juan 12:48). Incluye el periodo intermedio del Milenio. Este «día postrero» no designa el fin del mundo, sino que indica la *última época* en relación con la responsabilidad del hombre ante Dios antes del Milenio. La vida eterna que los creyentes poseen en Cristo sería irreconciliable con la permanencia de sus cuerpos en la tumba.

Pero entonces, en Juan 6:56, el Señor indica otro resultado: «El que come mi carne y bebe mi sangre, *mora* en mí, y yo en él». Esto es la *comunión*. Al comer y beber, nos hacemos uno con él y él se hace uno con nosotros. Es la unión con el Señor Jesús en la vida que nos da por gracia. «Morar» significa también «permanecer», y ¿quién puede comprender la inmensidad de semejante bendición? La patria de nuestra alma está en Cristo, y Cristo ve en nosotros su morada.

Pero la frase “él en mí, y yo en él”, repetida a menudo en el Evangelio según Juan, no es solo un juego de palabras. También parece que no tiene exactamente el mismo significado en todos los casos. Según el contexto, se destaca uno u otro de sus aspectos. Sin embargo, en general podemos decir: Cuando el creyente está visto *en Cristo*, se subraya la *posición* cristiana en la que se encuentra ante Dios. La responsabilidad de responder a esta posición por la *dependencia* se vincula a ella. Cuando se dice que Cristo está *en el creyente*, se indica la *manifestación* que Cristo da de sí mismo en el creyente. A esto se ata la responsabilidad de tener a Cristo como modelo de nuestro *caminar* y de manifestarlo ante los hombres.

Cuando consideramos todo lo que el Señor ha dicho de sí mismo como pan de vida en este capítulo, estamos dispuestos a confirmar sus palabras: «Porque mi carne es verdadero alimento, y mi sangre es verdadera bebida» ([Juan 6:55](#)). Y anhelamos disfrutar más de él, en su persona y en su obra –para nuestra bendición y para su gloria.